



# Educar moralmente

desde la experiencia del coronavirus



Existe a menudo una cierta desconfianza ante las propuestas de educación moral. Sin embargo, desde siempre los humanos han intentado (sobre)vivir y además vivir bien. Y de eso trata la educación moral, de aprender a vivir lo mejor posible. Pero, aunque de entrada se suele creer que eso es fácil de saber, no es así, sino que se trata de una tarea muy difícil, que requiere prestar atención a la experiencia (a lo que nos pasa) y dedicar mucho esfuerzo reflexivo para saber a qué atenerse en cada circunstancia y orientarse en ella.



Adela  
Cortina



Universidad de Valencia  
[adela.cortina@uv.es](mailto:adela.cortina@uv.es)



Jesús  
Conill



Universidad de Valencia  
[jesus.conill@uv.es](mailto:jesus.conill@uv.es)

## Educar desde la experiencia

En este momento estamos viviendo una nueva experiencia, la pandemia del coronavirus, que nos ha desconcertado y que nos ha pillado de improviso. Al parecer no estábamos preparados para afrontar lo que nos ha sucedido. Una sociedad que se consideraba tan adelantada científica y técnicamente, tan potente, protegida y segura de sí misma, en cambio está experimentando una sensación de fracaso, de vulnerabilidad y fragilidad, en los aspectos más básicos de la vida.

Ahora estamos sintiendo en carne propia que, igual que se requieren recursos cognitivos y materiales para afrontar los problemas de la vida, también en la dimensión moral se necesitan arrestos para vivir humanamente, como el de estar alto de moral, virtudes, valores, sentido de la justicia, aspiraciones, ideales, una serie de ingredientes que configuran la vida propiamente moral.

Cuando la gente se pregunta qué pasará después de la crisis del coronavirus, la respuesta es: depende de lo que vayamos preparando ya con lo que hacemos ahora. El futuro no se improvisa, se va cultivando en el presente. Del mismo modo que ahora vivimos de lo que habíamos preparado, de las previsiones o falta de previsiones, así sucederá en el futuro.

Por eso, este tiempo que estamos viviendo de la crisis del coronavirus es crucial para pensar mejor cuáles son los auténticos bienes que una sociedad necesita realmente para vivir bien y afrontar el futuro: bienes y servicios de calidad, puestos de trabajo, atención sanitaria; pero también bienes intangibles como la confianza y las tradicionales virtudes; buenas instituciones educativas que elijan adecuadamente cuáles son sus auténticas metas.

Empecemos por reflexionar sobre el reto sanitario, la urgencia de salvar vidas y evitar el sufrimiento. Se necesitan recursos sanitarios y que su distribución sea justa, equitativa, para que nadie quede desatendido. Pero para eso se requiere una buena organización del sistema de sanidad y sentido de la justicia y la solida-



ridad, en nuestro caso, por ejemplo, entre las diversas comunidades autónomas. Se necesitan profesionales con vocación y bien formados en sentido técnico y ético, que reciban el merecido reconocimiento por parte de los ciudadanos. Pero si todo esto no se ha cuidado hasta ahora, se notarán las deficiencias, y será ya tarde, porque la resolución de los problemas de la vida urge, no puede esperar, había que haberlo preparado con antelación.

Es necesario haberse formado y educado también moralmente para estar en buena forma. Como hace ya tiempo dijo con acierto José Ortega y Gasset, lo moral no es un añadido ornamental, sino una dimensión que nos constituye como personas humanas, "el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficacia", por eso el sentido más básico de lo moral es entenderlo como contrapuesto a "desmoralizado" (Ortega y Gasset, 1930, p. 304).

Si estamos desmoralizados, bajos de moral, no responderemos como es debido a la experiencia dolorosa y compleja que estamos viviendo. Porque no tendremos la fuerza ni el vigor necesarios para afrontar los pesares y las tareas que la situación requiere. Es necesario formarse y educarse lo mejor posible cuando es tiempo propicio, no desaprovechar ni despilfarrar las energías, como si nada adverso pudiera sucedernos. El futuro no se improvisa, lo



**No hemos cultivado suficientemente el mundo interior de la persona, sino que vivimos cada vez más de extimidad. La intimidad es lo más propio de cada ser humano aquello de lo que solo se habla en primera persona del singular y a lo que se tiene un acceso privilegiado**

que se siembra en su momento es lo que se recogerá como cosecha.

Además del aspecto sanitario de la pandemia (la enfermedad y la muerte de tantas personas), se están produciendo innumerables situaciones de profunda tristeza, de soledad y desvalimiento, y se está gestando también una crisis socioeconómica que afecta a todos los sectores de la sociedad. Y de modo especial van a ponerse todavía más de manifiesto que antes la pobreza y las desigualdades.

Es probable que aumente la aporofobia, la tendencia que todos llevamos dentro a rechazar al pobre, al áporos (Cortina, 2017). Por lo general, buscamos la ayuda

de los que pueden favorecernos, con dinero, votos, apoyos, reconocimientos, y abandonamos a los que creemos que no pueden darnos nada “a cambio”. En el mundo del intercambio de favores los que no tienen nada que ofrecer quedan marginados o se hacen invisibles. Esos son los pobres, los que siempre quedan relegados, como ha ocurrido a lo largo de la historia.

Si no cambia el estilo de vida, no se prestará atención a los pobres, seguirá predominando la aporofobia también después de la pandemia del coronavirus. Esta pandemia por sí sola no provocará ningún cambio moral en las personas y en los diversos sectores de la sociedad, si no conduce a cambiar la actitud ante la vida y el modelo educativo formal e informal, lo cual es muy improbable, visto que casi todo el mundo sigue actuando igual que antes, sobre todo en el campo de batalla político y en los medios de comunicación, y lo más probable es que continuemos así también después.

La experiencia que estamos viviendo nos muestra la necesidad de cambiar el orden de las prioridades en la vida personal y social; por ejemplo, invertir en investigación científica y tecnológica en lugar de despilfarrar recursos en estériles batallas politiqueras. Pero muchas cosas más hemos de aprender aprovechando el estímulo que suponen las vivencias actuales.

Si se quiere evitar una catástrofe vital y socioeconómica, habrá que practicar una política que genere cohesión social y fomente un proyecto común, que priorice lo que nos une a los ciudadanos para solucionar los problemas acuciantes de la vida. Lo cual no es fácil, cuando se ha estado incitando a la gente a través de los medios a vivir del conflicto y a escenificarlo continuamente como espectáculo público. Es crucial, pues, la tarea educativa de los medios de comunicación, que hoy en día se extiende a las redes y demás sistemas de interacción social.

La experiencia del coronavirus está demostrando que solo desde la compasión y la cooperación será posible atender a las necesidades de las personas. Pero



lo que es importante y valioso en la vida no se improvisa, se cultiva día a día. Solo ejercitándose continuamente se forjan los hábitos que nos predisponen a actuar en el sentido de la justicia, del cuidado o la compasión. Sería muy provechoso recuperar la tradición ya clásica de la educación moral, de la forja del carácter (*éthos*) mediante la formación de hábitos para vivir bien, a los que se han llamado "virtudes", como son la fortaleza para enfrentar las adversidades, la templanza, es decir, la moderación y la sobriedad, la prudencia que sabe contentarse con lo suficiente y tomar sabias decisiones, y la esperanza, el compromiso de construir lo justo y lo felicitante.

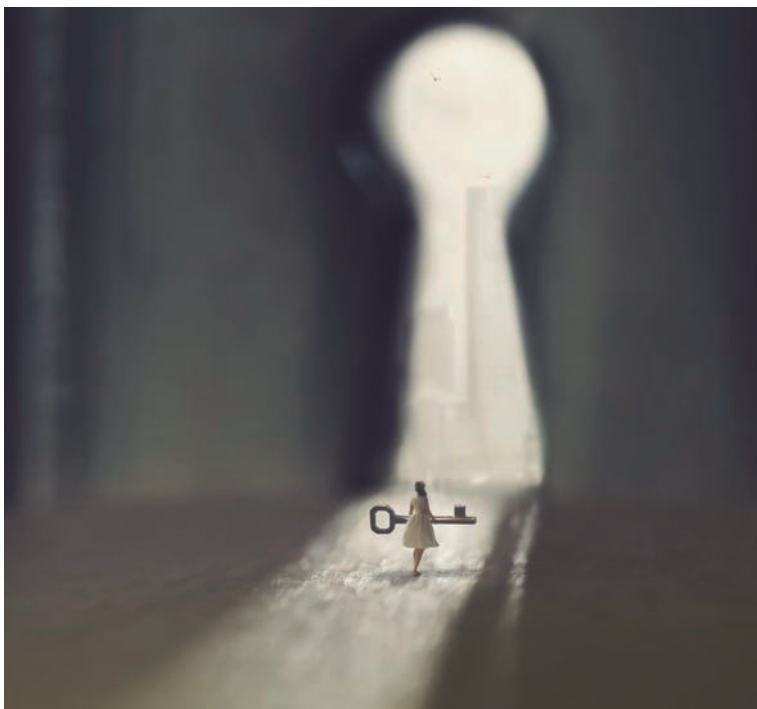
Precisamente la primera forma de hacer frente a las exigencias de la vida en las diversas culturas fue la educación en virtudes; en nuestro ámbito más cercano encontramos un ejemplo en la antigua Grecia con su *Paideia* (Jaeger, 1957). Las virtudes son las "excelencias" del carácter (*éthos*), que son apreciadas en un contexto cultural determinado para vivir y convivir bien. Pero las virtudes no se improvisan, sino que se han de cultivar, son hábitos que requieren

tiempo para ser adquiridos. De nuevo es oportuna la orientación de Aristóteles que nos recuerda Augusto Hortal como guía de la filosofía moral o ética: "No investigamos para saber qué es la virtud, sino para ser buenos" —Ética a Nicómaco— (Hortal, 2017). No es cuestión de erudición, sino de educación: de forja del carácter, de incorporación de virtudes y actitudes.

### ¿Qué podríamos aprender moralmente?

Estamos aprendiendo a asumir sacrificios cuando tienen pleno sentido; lo que no soportamos es la arbitrariedad. Somos capaces de renunciar a cosas atractivas como reunirnos con amigos, pasear, hacer ejercicio, participar en encuentros que nos interesan y nos gustan, ahora, en la situación que nos encontramos, para contribuir a que no avance una pandemia letal.

Podríamos aprender a proyectar el futuro a partir de experiencias dolorosas, sin desesperarnos. Nos duelen las muertes, la enfermedad, el aislamiento forzoso, la pérdida del acostumbrado bienestar, el cierre de gran cantidad de empresas con



la consiguiente pérdida de puestos de trabajo. Se abre un futuro incierto, que solo cabrá afrontar con esfuerzo creativo y sentido de la justicia. Deberíamos estar aprendiendo de esta experiencia que la vulnerabilidad y la fragilidad nos constituyen, personal y socialmente, que somos radicalmente interdependientes. Como bien decían los viejos anarquistas, en la lucha por la vida no sobreviven los más fuertes, los supremacistas, los que provocan el conflicto y la polarización, sino los que refuerzan el vigor del apoyo mutuo.

Nos percatamos de que nos hubiéramos ahorrado mucho sufrimiento si hubiéramos invertido más recursos, públicos y privados, en formación de personal sanitario, en hospitales y centros de salud y en investigación biomédica que en batallas partidistas. También de lo poco que nos han importado los muertos en el Mediterráneo durante estos últimos años. No nos conmueven igual todas las muertes. No sentimos que valgan igual todas las personas.

Y si reflexionamos un poco más, nos damos cuenta de que no hemos cultivado suficientemente el mundo interior de la persona, sino que vivimos cada vez más de extimidad (Conill, 2019). Sin embargo, la intimidad es lo más propio de cada ser humano, aquello de lo que solo se habla en primera persona del singular y a lo que se tiene un acceso privilegiado. Y, aunque la

interioridad se construye en diálogo con otros, en último término es cada persona la que ha de hacerse cargo de sí misma y de su vida.

Desde la intimidad se nos presenta una ocasión para aprender a valorar lo que teníamos y estábamos disfrutando, lo que nos había tocado en la lotería natural y social como si fuera nuestro, creyendo que lo merecíamos, cuando era fruto de la suerte, de la diosa fortuna, dándonos cuenta de que éramos unos afortunados y privilegiados. Una oportunidad para abrir los ojos ante la desigualdad de recursos y de situaciones en que viven las personas y las familias. No da lo mismo estar confinado en una vivienda amplia y luminosa o en otra minúscula y oscura; teniendo que atender a un conjunto de niños pequeños que se desesperan y a personas con facultades mentales disminuidas, incapaces de entender lo que está pasando y que pueden sentirlo como falta de cariño; si no se tiene a nadie que preste ayuda, si algún ser querido sufre y no se puede ir ni a visitarlo, o bien no saber ni siquiera si ha muerto y en caso de que haya fallecido no obtener ni el certificado de su defunción. Situaciones trágicas, de angustia y desamparo. Y cuanto más pobres, más desatendidos o peor tratados.

Importa y mucho también aprender a valorar la auténtica libertad de las personas y los ciudadanos, la posibilidad de elegir, la capacidad para ser artífices de la propia vida. El hecho de que la pandemia se originara en China, un país con un régimen dictatorial, sin libertad de expresión, debe recordarnos que la democracia liberal no ha sido un logro despreciable, sino que sus componentes fundamentales en lo que se refiere a la libertad son irrenunciables. Educar en este valor moral de la libertad radical es básico como antídoto contra las diversas formas de totalitarismo que empiezan a fomentarse en la sociedad actual. Lo propio de ciudadanos lúcidos y maduros es ser capaces de discernir lo que favorece realmente la libertad y la justicia, mediante argumentos (¡que no argumentarios!), sin dejarse seducir por fórmulas ideológicas caducas

(como derecha e izquierda, por ejemplo), que se manejan para entontecer a la gente en beneficio de intereses partidistas.

Aprender a juzgar en el ámbito personal y en el público con la misma vara de medir a todos por igual, con criterio y buen juicio; juzgar por los comportamientos efectivos para resolver los problemas, no por estereotipos y preferencias preestablecidas sin atender al curso de los acontecimientos. Si unas personas o unos grupos se consideran inmunes a la crítica, es decir, si siempre tienen razón hagan lo que hagan, y otras personas y grupos, por el contrario, siempre son censurados y descalificados, entonces no hay deliberación posible, ni reflexión crítica, sino sectarismo. Sin esa capacidad de juicio moral, no puede funcionar el sistema democrático.

Por tanto, aprender a ejercer bien la crítica —el discernimiento— para realmente progresar, no solo en los niveles del conocimiento científico y técnico, sino también en el moral. No solo somos capaces de proveernos de más instrumentos para aumentar el bienestar, sino también de proponernos una vida buena, que siempre será perfectible, potencialmente felicitante, bienaventurada. Es posible progresar moralmente. Por ejemplo, con el cristianismo y la Ilustración se avanzó hacia una solidaridad universal, que rompe las estrechas barreras de la grupal, desde la convicción de que cada persona tiene dignidad, y no un simple precio. Superar las solidaridades grupales y ampliar la



sensibilidad hasta la compasión con cualquier persona es un proyecto moral para el que se necesita aunar voluntades. Y en este camino la educación moral es decisiva. No basta sobrevivir y vivir bien en el sentido habitual del bienestar, sino que educar moralmente es abrirse al sentido de la vida personal desde la intimidad. Solo desde la intimidad es posible educar en la veracidad •

## HEMOS HABLADO DE

**Educación; coronavirus; ética; virtudes; intimidad.**

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2020, revisado y aceptado en mayo de 2020.

### PARA SABER MÁS

CONILL, J. (2019). *Intimidación corporal y persona humana*. Madrid: Tecnos.

CORTINA, A. (2017). *¿Para qué sirve realmente la ética?* Barcelona: Paidós.

JAEGER, W. (1957). *Paideia*. México: F.C.E., México.

HORTAL, A. (2017). *Ética. Conocimiento moral*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.

ORTEGA Y GASSET, J. (1930). Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”. *Obras completas Vol. IV*. Madrid: Taurus.